

843

Z.

Biblioteca Recreativa Contemporánea

Pg 2497

A88

OBRAS PUBLICADAS

	Madrid	Provincias
	Pesetas	Pesetas
<i>La Escuela del Gran Mundo</i> , por Guillermo Graell.....	2	2,50
<i>Sor Lucila</i> (4. ^a edicion), por J. Ortega Munilla.....	2	2,50
<i>Una Página de amor</i> (5. ^a edicion), por Emilio Zola (agotada).....	3	3
<i>Don Juan Solo</i> , por J. Ortega Munilla.....	2	2,50
<i>Solos de Clarín</i> (3. ^a edicion) (Leopoldo Alas).....	2,50	2,50
<i>Teresa Raquin</i> (4. ^a edicion), por E. Zola.....	3	3
<i>La Reputacion de una mujer</i> , por la Princesa Rattazzi.....	1,50	1,50
<i>Nana</i> (12. ^a edicion), por E. Zola.....	3	3
<i>Mi tío Barbassou</i> , por E. Uchard.....	3	3
<i>Concepcion</i> , por Juan Tomas Salvany.....	2,50	2,50
<i>Los Reyes en el destierro</i> (3. ^a edicion), por Alfonso Daudet.....	2,50	2,50
<i>Numa Roumestan</i> (2. ^a edicion), por Alfonso Daudet.....	3	3
<i>La Literatura en 1881</i> (3. ^a edicion), por A. Palacio Valdés y L. Alas (Clarín).....	2	2
<i>L'Assommoir</i> (2. ^a edicion), por E. Zola... ..	3	3
<i>El Capitan de los penitentes negros</i> , por P. du Terrail (dos tomos).....	3	3
<i>Las Almas impuras</i> , por A. de San Martín.....	2	2
<i>El Friacré núm. 13</i> (2. ^a edicion), por J. de Montepin.....	4,50	4,50
<i>Memorias Autobiográficas de Don Paco</i> (2. ^a edicion), por (Perro Paco).....	2	2
<i>Cróquis Parisienses</i> , por Federico de la Vega.....	3	3
<i>La Tribuna</i> , por E. Pardo Bazan.....	3	3
<i>Soledad</i> , por F. Martín Arrue.....	2	2
<i>La Ralea</i> (5. ^a edicion), por Emilio Zola... ..	3	3
<i>El fondo del tonel</i> , por J. Ortega Munilla, dos tomos.....	4	4
<i>La Hija de Nana</i> , por Alfredo Sirven y Enrique Leverdier.....	3	3

MADRID.—Establecimiento Tipográfico «Sucesores de Rivadeneyra»
Paseo de San Vicente, núm. 20

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO GOVARRUBIAS

A LA DICHA DE LAS DAMAS

I

Dionisia llegó á pié desde la estacion de San Lázaro, donde la habia dejado un tren de Cherburgo, con sus dos hermanos, despues de pasar una noche sobre la dura banqueta de un coche de tercera clase. Llevaba de la mano á Pepé y Juan la seguia, molidos del viaje los tres, indecisos y perdidos en medio del vasto París, curioseando en las casas y preguntando en cada plazuela por la calle de la Michodiére, en la cual vivia el tío Baudu. Al llegar á la plaza Gaillon, la jóven se detuvo llena de sorpresa.

— ¡ Oh ! — dijo — mira un momento, Juan.

Se quedaron quietos, juntos unos á otros, formando un conjunto negro con los viejos vestidos del luto de su padre medio rotos. Ella, demasiado mezquina de cuerpo para tener veinte años, con un paquetito al brazo, mientras que, por otro lado, su hermanito, de edad de cinco años, se colgaba á su brazo, y á su espalda el mayor, con sus diez y seis años resplandecientes, se estaba quieto moviendo los brazos.

— ¡ Bueno ! — repitió ella despues de una pausa — hé aqui un almacén.

Esto pasaba en la union de la calle de la Michodiére y de la calle Neuve-Saint-Augustin, un almacén de novedades, cuyos aparadores brillaban con puntos vivos en la dulce y pálida mañana de Octubre. Daban las ocho en San Roque, y no habia sobre las aceras más que el París matinal, los empleados que iban

á sus oficinas y los comerciantes que abrían sus establecimientos. Delante de la puerta, dos horterillas, subidos en una escalera de dos ramas, acababan de colgar lanerías, mientras que en un escaparate de la calle Neuve-Saint-Augustin, otro hortera, arrodillado y vuelto de espaldas, plegaba delicadamente una pieza de seda azul. El almacén, aún sin compradores y cuya dependencia acababa apenas de llegar, zumbaba en el interior como una colmena que se despierta.

— ¡Cáspita! — dijo Juan. — Esto eclipsa á Valognes... El tuyo no era tan hermoso.

Dionisia movió la cabeza. Había pasado dos años en casa de Cornaille, primer almacenista de novedades de la ciudad, y este almacén visto de repente, esta casa, enorme para ella, la aprisionaba el corazón, la retenía allí interesada, muda, olvidada de todo. En el lado que daba sobre la plaza Gaillon, la amplia puerta acristalada subía hasta el entresuelo en medio de complicados adornos cargados de dorados. Dos figuras alegóricas, dos mujeres que sonreían, con el cuello desnudo y vuelto, flanqueaban la muestra: *Á la dicha de las damas*. Más allá seguían los escaparates á lo largo de la calle de la Michodière y de la Neuve-Saint-Augustin, ocupando, además de la casa de esquina, cuatro casas más, dos á derecha y dos á izquierda, compradas y arregladas recientemente. Era una extensión que la pareció no tener fin, en la fuga de la perspectiva, con las muestras de los pisos bajos y las vidrieras del entresuelo, tras de las que se veía toda la vida interior de los mostradores. Arriba, una señorita vestida de seda afilaba un lápiz, mientras otras dos, detras de ella, desplegaban piezas de terciopelo.

— *Á la dicha de las damas* — leyó Juan con su dulce sonrisa de adolescente que había tenido ya una aventura de faldas en Valognes. — ¿He? Esto tiene gracia, esto es lo que mueve al mundo...

Pero Dionisia se había quedado absorta ante las muestras de la puerta central. Había allí, al aire libre de la calle, sobre la acera misma, un cúmulo de ricas mercancías, la tentación de la puerta, las ocasiones que detenían á los parroquianos al paso. Esto venía de lo alto: piezas de lana y pañería, merinos, chiviots, muletones que caían desde el entresuelo, flotando como banderas y cuyos matices neutros, gris, azul marino, verde aceituna, se cortaban por los blancos de las etiquetas; al lado y guarneciendo los umbrales, pendían igualmente lanas de abrigo, cintas para adornos de vestidos, el color ceniza de la piel del *petit-gris*, la

pura nieve de pecho de cisne, las pieles de conejo, de falso armiño y de marta no ménos falsa. Luégo, más abajo, en los anaqueles, sobre los mostradores, en medio de un apilamiento de retales, desbordaban los artículos de punto vendidos por una futesa; guantes, fichús de lana, amallas, gorritos, chalecos, todo un muestrario de invierno de colores mezclados á rayas con vivas manchas de rojo. Dionisia vió un tartán á cuarenta y cinco céntimos, cuellos de bisonte de América á franco, y mitones á cinco sueldos. Era aquello como una gigante exposicion de feria, y el almacén parecía reventar y arrojar su sobrante á la calle.

El tío Baudu había sido olvidado; hasta el mismo Pepé, que no dejaba á su hermana de la mano, abría ojos enormes; un carruaje obligó á los tres á quitarse de en medio de la plaza, y maquinalmente tomaron la calle Neuve-Saint-Augustin, siguiendo los escaparates y deteniéndose de nuevo delante de cada muestra. Fueron seducidos al punto por un complicado armazón: en lo alto, paraguas colocados oblicuamente semejaban un techo de cabaña rústica; abajo, medias de seda, colgadas en varillas, mostraban perfiles de pantorrilla, sembradas las unas de ramitos de rosas, y de toda clase de matices las otras, las rojas con puntas bordadas, las de color de carne, cuyo grano satinado tenía la finura de la blonda; por fin, sobre el tapiz del escaparate, los guantes, colocados simétricamente, con sus dedos largos y la palma estrecha de vírgen bizantina, y aquella gracia juvenil de las telas de mujer que no se han usado. Pero sobre todo les hizo detenerse el último escaparate: una exposicion de sedas, satenes y terciopelos se desvanecía en él como en una gamma ligera y vibrante con los delicados tonos de las flores; más arriba aún, terciopelos de negro intenso y de blanco lechoso; más abajo, los satenes azules-rosa, de pliegues vivos, se desvanecían en tonos pálidos de suavidad infinita; más abajo aún, las sedas imitando todos los colores del arco iris, piezas recogidas en capullos, plegadas como en torno de un tallo que se mece, casi vivientes bajo los diestros dedos de los horteras; y entre cada motivo y cada frase de color del escaparate corría un acompañamiento discreto, una ligera banda de foulard crema. En los dos extremos estaban puestas en pilas colosales las dos sedas de que la casa era propietaria exclusiva, el *Paris-Bonheur* y el *Cuir d'Or*, dos artículos excepcionales que debían hacer una revolucion en el comercio de novedades.

— ¡Oh! esta faya á cinco francos sesenta céntimos — exclamó Dionisia asombrada ante el *Paris-Bonheur*.

Juan empezaba á fastidiarse. Detuvo á un transeunte:

— ¿La calle de la Michodière, caballero?

Cuando le hubieron indicado que era la primera á la derecha, volvieron los tres sobre sus pasos, girando al rededor del almacén. Pero al entrar en la calle se distrajo Dionisia delante de un escaparate en que estaban expuestas las confecciones para señoras. En casa de Cornaille, en Valognes, estaba especialmente encargada de las confecciones. Nunca había visto nada como aquello, y la admiración la clavó sobre la acera.

En el fondo, una banda de encaje de Brujas de considerable precio guarnecía un velo blanco rosado; volantes de punto de Alençon en guirnalda; era de alto abajo como una cascada de todos los encajes, de Malinas, de Valenciennes, aplicaciones de Brusélas, puntos de Venecia, que caían como una nevada. Á derecha é izquierda las piezas de paño formando columnas sombrías que alejaban aún más esta perspectiva de tabernáculo. Allí estaban las confecciones, en aquella capilla, levantada al culto de las gracias de la mujer: un artículo de extraordinaria novedad ocupaba el centro; era un abrigo de terciopelo con guarniciones de piel de zorra plateada; á un lado un cuello de seda forrado de *petit-gris*; á otro un paletó de paño orillado con plumas; en fin, salidas de teatro, de cachemira blanco, con acolchado blanco también, guarnecidas de felpa ó plumon de cisne. Había allí para todos los caprichos, desde las salidas de teatro á veintinueve francos hasta el abrigo de terciopelo marcado mil ochocientos francos. El cuello grueso de los maniqués levantaba las telas; las caderas anchas exageraban la finura del corte, y la ausente cabeza era reemplazada por una gran etiqueta clavada con un alfiler en el rojo muleton del cuello, mientras que los espejos á un lado y otro del escaparate los reflejaban y multiplicaban al infinito por juego calculado, poblando la calle con aquellas hermosas mujeres en venta, que llevaban en vez de cabezas los precios puestos en grandes cifras.

— ¡Famosísimas! — murmuró Juan no hallando otra palabra para expresar su admiración.

También él se había quedado inmóvil y con la boca abierta. Todo aquel lujo de mujer le hacía ruborizarse de placer. Tenía la belleza de una muchacha, belleza que parecía haber robado á su

hermana: la piel brillante, los cabellos rizosos, los labios y los ojos como anegados de ternura. Cerca de él y mostrando su asombro parecía Dionisia más débil aún, con su rostro largo y la boca sobrado grande, su color quebrado y su cabello pálido. Pepé, rubio también, un rubio de niño, se apretaba contra ella como quien necesita cariño, turbado y admirado por las hermosas damas del escaparate. Estaban tan encantadores aquellos tres rubios pobremente enlutados... aquella muchacha triste, entre un niño precioso y un joven arrogante, que los transeuntes se volvían sonriendo.

Un instante despues, un hombre grueso, de cabellos blancos y rostro amarillo, que estaba en el umbral de una tienda, al otro lado de la calle, se puso á mirarlos. Estaba con los ojos inyectados, la boca contraída, fuera de sí, ante las muestras de *Á la Dicha de las Damas*, cuando la vista de la joven y de sus hermanos acabó de irritarle. ¿Qué hacían aquellos tres bobos bostezando de aquel modo ante la farándula de un charlatan?

— ¿Y el tío? — dijo bruscamente Dionisia como despertando sobresaltada.

— Estamos en la calle de la Michodière — dijo Juan. — Debe vivir por aquí.

Se volvieron y levantaron la cabeza. Entónces, justamente delante de ellos, sobre el hombre grueso, apercibieron un letrado cuyas letras amarillas habían sido desteñidas por la lluvia: *Al Viejo Elbeuf, paños y franelas: Baudu, sucesor de Hauchecorne*. La casa, revocada de amarillo, como avergozada entre los grandes hoteles Luis XIV que la flanqueaban, no tenía más que tres ventanas en la fachada; y estas ventanas, cuadradas, sin persianas, estaban sencillamente guarnecidas de alféizar de hierro y dos barras en cruz. Pero lo que llamó sobre todo la atención de Dionisia en aquella desnudez de la casa, fué la tienda del piso bajo, como ahogada bajo el techo, y soportando un entresuelo aplastado con aspecto de prisión. Una portada del color de la muestra, de un verde botella que el tiempo había matizado de ocre y negro, guarnecía dos escaparates negros, polvorientos, en los que se distinguían vagamente piezas de tela amontonadas. La abierta puerta parecía dar sobre la húmeda oscuridad de un sótano.

— Aquí es — dijo Juan.

— Bueno, pues es preciso entrar — declaró Dionisia. — Vamos, Pepé, vén.

Los tres se turbaron, embargados por su timidez. Cuando

murió su padre, á consecuencia de la misma fiebre que se habia llevado á la madre un mes ántes, el tío Baudu, en medio de la emocion producida por aquel doble duelo, escribió á su sobrina que tendria siempre en su casa un sitio el dia en que quisiese tentar fortuna en París. Aquella carta contaba un año de fecha, y ya la jóven se arrepentia de haber abandonado á Valognes por un capricho, sin avisar á su tío. Éste no les conocia por no haber estado nunca allá abajo desde que salió jóven para entrar como dependiente en casa de Hauchecorne el pañero, con cuya hija habia acabado por casarse.

— ¿El señor Baudu? — preguntó Dionisia, decidiéndose al fin á dirigirse al hombre grueso, que les miraba todavía sorprendido de sus atavíos.

— Yo soy — respondió.

Dionisia se puso encarnada, y balbuceó:

— ¡ Ah! tanto mejor... Yo soy Dionisia, y aquí están Juan y Pepé. Ya veis, hemos venido, tío.

Baudu pareció fuertemente sorprendido. Sus grandes cejas rojizas vacilaban en su cara amarilla, y sus palabras, que salian lentamente de los labios, le embarazaban. Estaba evidentemente á cien leguas de aquella familia que se le venia encima.

— ¡ Cómo, cómo! ¡ Sois vosotros! — repetia. — ¿ Pero no estabais en Valognes? ¿ Por qué no estais en Valognes?

Con su voz dulce y un poco temblorosa dióle ella explicaciones. Despues de la muerte de su padre, que se habia arruinado en su tintorería, quedó ella como madre de los dos niños. Lo que ganaba en casa de Cornaille no bastaba para mantener á los tres. Tambien Juan trabajaba en casa de un ebanista, restaurador de muebles antiguos; pero no ganaba ni un sueldo. Tomó, sin embargo, aficion á las antigüedades, tallaba figuritas en madera, y hasta un dia que encontró un trozo de marfil se entretuvo en hacer una cabeza que habia examinado un forastero; y justamente este forastero era el que les habia decidido á abandonar á Valognes, esperando encontrar en París colocacion para Juan en casa de un tallista de marfil.

— Ya comprendéis, tío, que Juan entrará desde mañana como aprendiz en casa de su nuevo maestro. No se me pide nada, y estará alimentado y le darán casa. Ahora he pensado que Pepé y yo no serémos muy gravosos, ni tendrémos aquí más desgracia que en Valognes.

Pero lo que ella ocultaba era la escapatoria amorosa de Juan, las cartas escritas á una muchachá noble de la villa, los besos cambiados por encima de una tapia, todo un escándalo que la habia obligado á marchar. Acompañaba, sobre todo, á su hermano á París para velar sobre él, presa de terrores maternas delante de aquel niño vicioso, tan hermoso y tan alegre, al que todas las mujeres adoraban.

El tío Baudu no se daba cuenta exacta de aquello, y volvió á sus preguntas. Sin embargo, cuando la oyó hablar de sus hermanos la tuteó.

— ¿ Tu padre no os ha dejado nada? Pues yo creia que le quedaban aún algunos sueldos. ¡ Ah! bien le aconsejaba yo en mis cartas que no se quedase con aquella tintorería. Tenia un hermoso corazon, pero ni dos dedos de cabeza, y te has quedado con ese par de mozos en los brazos, y has tenido que proveer al mantenimiento de ese mundo en pequeño.

Su cara biliosa se habia aclarado y no tenia ya los ojos sanguinolentos con que miraba á *La Dicha de las Damas*. De pronto se apercebíó de que obstruia la entrada.

— Bueno — dijo — entrad, puesto que habeis venido... entrad; más vale eso que no gandulear delante de ciertas estupideces.

Y despues de haber dirigido á los escaparates de enfrente una última y colérica mueca, dejó libre el paso á los niños, penetrando el primero en la tienda, y llamando á su mujer y á su hija.

— ¡ Isabel, Genoveva, venid, que aquí hay álguien que desea veros!

Pero Dionisia y los pequeños dudaron un momento ante las nieblas de la tienda; cegados por la clara luz de la calle, movian los párpados como ante el umbral de un tabuco desconocido, tentando con sus piés el suelo, por instintivo miedo á algun escalon traidor. Unidos aún por este vago temor, apretándose los unos contra los otros, el pequeño siempre entre las faldas de la jóven, y detras el mayor, hicieron su entrada con una gracia sonriente é inquieta. La claridad de la mañana recortaba la negra silueta de sus trajes de luto, en algun tiempo negro lecho de sus cabellos rubios.

— Entrad, entrad — repetia Baudu.

En pocas palabras puso al corriente á la señora Baudu y su hija. La primera era una mujer menuda y anémica, pálida, con cabellos blancos, cejas blancas y labios blancos. Genoveva, en la que la

degeneracion maternal se agravaba, tenía la debilidad y falta de valor de una planta nacida á la sombra; y por eso sus magníficos cabellos negros y abundantes, puestos como por milagro en aquella escualida cara, la daban un triste encanto.

—¡Entrad—dijeron á su vez las dos mujeres—¡Sed bienvenidos!

Hicieron sentar á Dionisia detras de un mostrador. Pepé se subió en seguida sobre el regazo de su hermana, mientras que Juan, apoyado en la anaquelera, se colocaba detras de ella. Se tranquilizaron examinando la tienda, á cuya oscuridad se habian acostumbrado sus ojos. Ya la veian bien, con su techo bajo y ahumado, sus mostradores de pino, relucientes por el uso, y sus anaqueleras seculares de fuertes cerraduras. Pilas de mercancías oscuras subian hasta cerca del techo. El olor de los paños y los tintes, un acre olor de sustancias químicas, parecia mayor por la humedad del piso. En el fondo arreglaban piezas de franela dos dependientes y una señorita.

—Este caballerito tal vez tomara algo de buena gana—dijo la señora Baudu sonriendo á Pepé.

—No, gracias—respondió Dionisia.—Hemos tomado una taza de leche en un café delante de la estacion.

Y como Genoveva mirase el paquetito que habia dejado en el suelo, añadió:

—He dejado nuestra maleta allá abajo.

Se puso encarnada. Comprendia que no se encuentra siempre la suerte al paso. Ya en el wagon, cuando el tren salió de Valognes, se sintió llena de pena y de miedo. Por esto, al llegar, dejó la maleta é hizo almorzar á los niños.

—Veamos—dijo Baudu de pronto—hablemos poco y bien. Te escribí, es cierto, pero ya hace un año, y tú ves, hija mia, que los negocios no andan muy bien de un año á esta parte...

Se detuvo cortado por una emocion que no queria dejar ver. La señora Baudu y Genoveva bajaron los ojos con aire resignado.

—¡Oh!—continuó Baudu—esto es una crisis que pasará, estoy tranquilo..... He disminuido mi dependencia; sólo hay ahora tres, y en realidad, éste no es el mejor momento para tomar uno más... En fin, no puedo tenerte como te ofrecí, hija mia.

Dionisia le escuchaba ansiosa y pálida. Él insistió, añadiendo:

—Esto no te conviene, ni á nosotros tampoco.

—Está bien, tío—dijo al cabo Dionisia penosamente.—Procuraré buscar por ahí.

Los Baudu no eran mala gente, aunque se quejaban siempre de su mala suerte. En los tiempos en que prosperaba su comercio tenían cinco muchachos, de los que murieron tres á los veinte años; el cuarto se habia echado á perder, y el quinto acababa de irse á Méjico mandando un buque. No les quedaba más que Genoveva. Pero toda esta familia habia costado mucho, y Baudu se habia arruinado, comprando una casa en Rambouillet, país de su suegro. Así era que la amargura se mezclaba en su lealtad máníaca de viejo comerciante.

—Debe tenerse más prevision—dijo enfadándose poco á poco de su propia dureza.—Pudiste haberme escrito, y yo te hubiera respondido que siguieras allá abajo. Cuando supe la muerte de tu madre.... ¡pardiez! te dije lo de costumbre en tales casos. Pero tú te encajas aquí sin decir palabra... ¡Esto es bastante fastidioso!

Levantaba la voz y sentia así alivio. Su mujer y su hija seguian con la vista en tierra, como gente sumisa que jamas se permite intervenir. Mientras Juan se ponía pálido, Dionisia estrechaba contra su pecho á Pepé aterrado, y dejó caer dos gruesas lágrimas.

—Está bien, tío—repetía—nos iremos.

De pronto se detuvo. Reinó un silencio embarazoso. Baudu dijo con tono borroso:

—Yo no os pongo en la puerta de la calle. Puesto que estais aquí, dormiréis esta noche, y despues verémos.

Entónces comprendieron la señora Baudu y Genoveva que tal vez ellas podrian arreglar las cosas. Todo quedó arreglado. No habia para qué ocuparse de Juan, puesto que al día siguiente entraba de aprendiz. En cuanto á Pepé, estaria perfectamente en casa de la señora Gras, una vieja que vivia en un gran piso bajo, calle de Orties, donde admitia á pension completa niños menores de diez años por cuarenta francos al mes. Dionisia dijo que tenia para pagar la primera mensualidad. No quedaba más que ella, y ya se la encontraria colocacion en el barrio.

—¿No necesitaba Vincarel una dependiente?—dijo Genoveva.

—¡Toma, es verdad!—respondió Baudu.—Irémos á verle despues de almorzar. Hay que hacer las cosas en caliente.

Un parroquiano turbó aquella plática de familia. La tienda quedó oscura y vacía. En el fondo los dos dependientes y la señori-

ta continuaban en su tarea, cuchicheando. Se presentaron tres señoras, y Dionisia se quedó sola un momento. Besó á Pepé con el corazón triste ante la idea de su próxima separacion, y el niño, travieso como un gatito, escondió su cabeza sin decir palabra. Cuando volvieron la señora Baudu y Genoveva le encontraron muy formal, y Dionisia les aseguró que nunca metia más ruido que entónces: estaba callado los días enteros, viviendo de caricias. Hasta la hora de almorzar hablaron las tres de los niños, de la casa, de la vida de París y de provincias, en frases cortas y vagas, como parientes que no se conocen bien. Juan se había ido á la puerta de la tienda y se distraía con la gente que pasaba por las aceras, y sonriendo á las muchachas que cruzaban.

Á las diez apareció una criada. Ordinariamente se servía la mesa para Baudu, Genoveva y el primer dependiente, y se hacía una segunda mesa para que almorzaran á las once la señora Baudu, el otro dependiente y la señorita.

—¡Á la mesa!—dijo el pañero dirigiéndose á su sobrina.

Se reunieron todos en el estrecho comedor, en la trastienda, y como el primer dependiente se retardase, le gritó Baudu:

—¡Colomban!

El jóven se excusó diciendo que había querido dejar arregladas las franelas. Era un jóven de veinticinco años, grueso, pesado, pero mañoso. Su honrada cara con su boca grande tenía dos ojos vivos é inteligentes.

—¡Qué diablo, hay tiempo para todo!—decía Baudu, que, sentado cómodamente, cortaba un trozo de carne fiambre con la prudencia y la destreza del patron que pesa los menores trozos á ojo de buen cubero con diferencia de ménos de un gramo.

Sirvió á todos y cortó por sí mismo el pan. Dionisia había tomado á Pepé para hacerle comer con formalidad. Pero aquel oscuro comedor le tenía intranquilo y miraba á su hermana sintiendo opresion en el corazón, él, que estaba hecho á las piezas ventiladas y claras de su provincia. Una sola ventana había sobre un patinillo interior que comunicaba con la calle por el oscuro portal de la casa. Aquel patio frio y nauseabundo era como fondo de pozo al que llega una débil claridad. Los días de invierno había que encender gas en el comedor. Cuando el tiempo evitaba este gasto, aún era más triste. Bastó un instante á Dionisia para hacer que sus ojos distinguieran claramente los manjares en su plato.

—Hé aquí un mocito que tiene excelente apetito—dijo Baudu

observando que Juan había comido ya su racion.—Si trabaja como come, será un bravo mozo... Pero tú no comes, hija mía; y dime, ahora que podemos hablar un poco, ¿cómo es que no te has casado en Balognes?

Dionisia dejó el vaso que llevaba á los labios.

—¡Casarme yo, tío! No penseis en ello. ¿Y los pequeños?

Acabó por reirse; ¡tan disparatada le pareció la idea! Por otra parte, ¿para qué la querria ningun hombre, sin un sueldo, más flaca que una cogujada y nada bonita? No, nunca se casaría; ya tenía dos hijos.

—Te engañas—la decia el tío.—Una mujer necesita siempre de un hombre. Si hubieses encontrado un buen muchacho, no habrias caído con tus hermanos en las calles de París como bohemios.

Se interrumpió para cortar de nuevo, con parsimoniosa equidad, un plato de patatas con manteca que trajo la criada. Luégo, señaló con la cuchara á Genoveva y Colomban:

—Mira—dijo.—Éstos dos se casarán por la primavera, si la temporada de invierno es buena.

Así era la patriarcal costumbre de la casa. El fundador, Aristides Finet, dió su hija Deseada á su primer dependiente Hauchecorne. Él, Baudu, llegado á la calle de la Michodière con siete francos en el bolsillo, se casó con Isabel, la hija de Hanchecorne, y pensaba á su vez ceder la casa y su hija Genoveva á Colomban cuando lo permitieran los negocios. Si retrasaba un matrimonio decidido hacía tres años, era por escrúpulos de probidad: había recibido la casa en próspera situacion, y no queria de ningun modo pasarla á manos de un yerno, con ménos parroquia ó con operaciones dudosas.

Siguió Baudu por presentar á Colomban, que era de Rambouillet, como el padre de la señora Baudu, y hasta existía entre ellos lejano parentesco. Era un mozo trabajador que desde hacía diez años sudaba en la tienda, y había subido por grados valientemente. Además, no era ningun desconocido. Su padre era el buen Colomban, veterinario conocido en todo Sena y Oise, artista en su género, y de tan buen diente, que comía de todo.

—¡Gracias á Dios!—dijo el pañero como por remate á esto—si el padre se come y se bebe su fragua, el hijo ha sabido aprender aquí lo que vale el dinero.

Miéntas hablaba, examinaba Dionisia á Colomban y Genoveva.

Estaban en la mesa uno junto á otro, tranquilos, sin ruborizarse, sin sonreír. Desde que entró en la casa contaba el jóven con aquel enlace. Había recorrido todas las etapas; hortera, dependiente admitido, al fin, en las confidencias de la familia, siempre paciente, con la vida arreglada como un reloj y viendo en Geneveva un honrado y excelente negocio. La certeza de que sería suya le impedía desearla. La jóven, por su parte, se acostumbró á amarle, con el reposo de su carácter contenido, con una profunda pasión ignorada de ella misma, fundada en su vida arreglada y quieta.

— Cuando se puede y se quiere — dijo Dionisia sonriéndose para hacerse amable.

— Sí, siempre se acaba por eso — declaró Colomán, silencioso hasta entónces.

Geneveva dijo á su vez despues de mirarle un buen espacio:

— En entendiéndose, todo va bien.

Sus ternuras habían anidado en aquel piso bajo del París viejo, como una flor de sótano. Desde hacia diez años no conocía Geneveva á otro que á él, viviendo todo el día á su lado, detras de las pilas de paño, en el fondo de las tinieblas de la tienda. Mañana y tarde se codeaban en el angosto comedor, fresco y húmedo como la boca de un pozo. No hubiesen estado más ocultos, más perdidos en pleno campo, bajo el follaje. Sólo una duda, un temor celoso debía revelar á la jóven que se había dado por entero y para siempre, en medio de aquella oscuridad cómplice, por inopia del corazón y fastidio del cerebro.

Dionisia creyó descubrir una sombra de naciente inquietud en la mirada de Geneveva á Colomán, y dijo con cortesanía:

— ¡Bah! cuando se ama hay siempre inteligencia.

Baudu velaba autoritariamente sobre la mesa. Había distribuido rajadas de queso, y para obsequiar á sus parientes pidió un segundo postre, un tarro de dulce de grosella; esplendidez que pareció sorprender á Colomán.

Pepé, formal hasta entónces, se condujo mal ante el dulce. Juan, con el oído atento mientras se habló de matrimonio, miraba á la prima Geneveva, á la que encontraba endeble, pálida, comparándola para sí á un conejo blanco que tuviese orejas negras y ojos rojos.

— Bastante se ha hablado, y hay que dejar el puesto á los otros — dijo el pañero dando la señal de levantarse de la mesa — no es razonable abusar porque se permita un excesillo.

La señora Baudu, el otro dependiente y la señorita, fueron á sentarse á su vez á la mesa. Quedóse de nuevo sola Dionisia, cerca de la puerta, y esperando á que su tío pudiese llevarla á casa de Vinçard. Pepé jugaba á sus piés, y Juan volvió á su observatorio á la puerta de la calle. Durante cerca de una hora observó lo que sucedía á su alrededor. De vez en cuando entraba un parroquiano; apareció una señora, luégo otras dos. La tienda conservaba su olor á vejez, su penumbra, en la que parecía llorar su abandono el comercio sencillo y honrado. En cambio, al lado opuesto de la calle, la seducía el almacén *Á la Dicha de las Damas*, del que veía los anaqueles por la puerta abierta. El cielo estaba nublado: había en el aire frescura de lluvia á pesar de la estación, y en aquel día en que flotaba como polvo solar en el ambiente, el gran almacén vivía en la triunfante agitación de la venta.

Imaginó Dionisia que veía una máquina funcionando á alta presión, cuyo impulso llegase hasta los entresuelos. No eran aquellos los frios escaparates de por la mañana. Ahora parecían como templados y vibrantes por la trepidación del interior. La gente miraba, y las mujeres paradas se apretaban ante los cristales como una multitud codiciosa. Las telas parecían tener vida en aquella animación de la calle: los encajes como que se estremecían ocultando en su caída las profundidades del almacén con aire de misterio; las mismas piezas de pañería, espesas y apiladas, tenían seducciones para el transeunte; las confecciones ondulaban sobre los maniqués que parecían animarse, sobre todo, la manteleta de terciopelo, flexible y pegada como si estuviese sobre espaldas de carne. Pero el calor como de fábrica que desprendía el almacén surgía principalmente de la venta, del movimiento de los mostradores que se adivinaba tras de las paredes. Había allí como el rechinar de una máquina que funciona, hormigueo de parroquianas agrupadas delante de los aparadores, y como aturdidas ante las mercancías casi desdeñosamente arrojadas en las cajas. Y todo esto reglamentado y organizado con mecánico rigor: todo un mundo de mujeres trabajando con la fuerza y la exactitud de un engranaje.

Dionisia sufría la tentación desde por la mañana. Aquel almacén tan inmenso para ella, y en el que veía entrar en una hora más gente que en casa de Cornaille en seis meses, la aturdió y la atraía; había en su deseo de penetrar en él como un miedo vago que la seducía. Al propio tiempo la causaba sentimiento de malestar la tierda de su tío. Era un desden irreflexivo, una instintiva re-